



En la Balanza

Autora: Angela Huth

Traducción al español: G Rodríguez MBA MA Traducción (EN-ES) CLTA MCIL CL

La última vez que me pesé, lo cual fue ayer por la mañana, para ser precisos, la báscula marcaba setenta y seis kilos y doscientos treinta y un gramos. No es que fuera un récord, ya que he llegado a pesar aun algunos kilos más, pero, por otra parte, también tengo que decir que en los últimos cinco años, ha habido temporadas en las que sin haber hecho esfuerzo alguno por mi parte, he pesado como hasta medio kilo menos.

Puede que sorprenda que lo diga y que hasta ni se me crea, pero a mí, esto de la gordura no me deprime. Es más, cuando me observo al pasar por los escaparates, o cuando me echo una ojeada esporádica en el espejo, lo que veo, me sirve para cerciorarme de que cualquier esperanza que yo pudiera tener de recobrar alguna vez la esbelta silueta de otros tiempos, se ha desvanecido por completo. Y a mí, no me importa ni lo más mínimo.

Lo más curioso es que a Jeremy, tampoco. Nos casamos hace veintitrés años cuando yo era, digamos, una cosita de nada. Una de sus viejas bromas era llamarme mi mema en vez de mi nena. Por aquellos tiempos la comida no era algo que me importara mucho. Cocinaba porque tenía que hacerlo a diario para los niños. A Jeremy le hacía la cena en las pocas ocasiones en que estaba en casa. Eso sí, en lo que sí siempre puse un gran esfuerzo durante muchos años, fue en preparar la comida del domingo. En casa, todas las semanas se discutía de manera incansable por el postre; unos querían que hiciera tarta de chocolate y otros que la hiciera de manzana. En esta familia nos encantan las manzanas, y yo siempre terminaba por hacer lo que hubieran decidido. La verdad es que disfrutaba a lo grande con su aprecio.

A mí, me empezó a entrar esta dejadez justo después de que Sam y Kathy se marcharan a estudiar a la universidad y solo quedara en casa Laura. El caso era que yo, acostumbrada como estaba a cocinar para cinco personas que gozaban de buen apetito, no atinaba a calcular bien la cantidad necesaria para nosotras dos. Siempre preparaba demasiada comida para no quedarme corta y de todo quedaban sobras. Con eso de que me acordaba de la escasez de mi infancia durante la posguerra, y además de que nunca me ha gustado que se tire nada a la basura, encontraba difícil eso de guardar la comida en la nevera o en la dispensa y que hubiera que recalentarla otra vez. Se me hacía imposible desperdiciarla, así que, comerme las sobras se convirtió en un hábito: Un tentempié frío a media mañana de arroz con leche, para la merienda pollo al curry, también frío, claro. Los horarios no cuentan para una glotona anárquica.

Digamos que fue por la época en que Laura se mudó finalmente a estudiar en la universidad de Durham, cuando yo empecé a notar que me había cambiado visiblemente la silueta. Debería haber tenido más refreno; haberme puesto a régimen, haber cambiado los malos hábitos a la hora de comer, ¡lo que fuera! Pero no. Que se aproximara la hora de la cena llegó a convertirse en uno de los placeres más esperados del día, para prepararme un banquete en toda regla de tres platos, y comerlos viendo la tele. Además de media botella del buen vino blanco de Jeremy; claro. Siempre me está diciendo: «Cógete una botella del sótano cuando te apetezca». Y yo se lo he tomado al pie de la letra. Otro placer era el desayuno. Todos esos fritos que brillan por la cantidad de grasa que tienen, que yo había cocinado durante años para los

niños antes y nunca los probaba, se convirtieron en un auténtico manjar. Eran una buena manera de empezar el día. Me sustentaban hasta la hora del café de media mañana, al que le seguía un almuerzo de un plato de sopa, acompañado con el pan casero que yo misma me hacía.

Cuando los chicos volvían a casa me tomaban el pelo por la incipiente barriga que me había salido. Les chocaba que hubiera engordado tanto considerando que yo parecía comer lo mismo de siempre, ya que, por hábito o por vergüenza secreta, en su presencia continuaba siendo bastante frugal con la comida. Aunque ellos repitieran dos y hasta tres veces, yo disimulaba. Me servía una minúscula ración y le daba vueltas constantemente con el tenedor. Me planteé confesarles este oculto vicio, pero por aquel entonces no pude plantarle cara al asunto. Además, no es que ellos tampoco siguieran dándole al tema, me aceptaban como siempre. Con mucho cariño. En cuanto a Jeremy, debo decir que a pesar de que le faltaran cuatro años para la jubilación, pasaba en casa menos tiempo que nunca y no hacía el menor comentario al respecto.

Jeremy trabaja en el sector de navíos. Siempre ha tenido este trabajo desde que se licenciara por la universidad de Oxford. Me avergüenza decir, que después de veintitrés años de casados, todavía no sé exactamente qué es lo que hace. Ventas, creo: «¿Tienes que vender un buque, digamos, como el que tiene que vender una vitro cerámica?», le pregunté una vez. No me respondió. Debía de estar concentrado en algo, supongo yo, o puede que pensara que la pregunta no se merecía una respuesta. Aunque creo que, si hubiera sido lo último, él nunca hubiera tenido tal falta de respeto conmigo, como para no molestarse en darme una contestación.

Que Jeremy es un hombre atento; no hay duda. En lo que se refiriere a tener consideración con su familia, no se le podría sacar ningún defecto. Esto no quiere decir que sea un hombre dado a elogios, sino que, más bien, manifiesta su aprecio de otras formas. Los cumplidos nunca le han salido fácilmente de los labios y, por cierto, no estoy segura de que incluso se fije en las cosas que corrientemente arrancan alabanzas en otros hombres: algo así, como el nuevo corte de pelo de Laura, o uno de mis mejores suflés, por poner un par de ejemplos. Aun así, es evidente que, a él, su familia le importa muchísimo.

A pesar de que viaja por todo el mundo, semana tras semana, por motivos de trabajo y durante la mayor parte del año, en cuanto llega a casa, nos dedica toda su atención. Nos hace preguntas, da paseos con Sam, habla sobre los poetas del renacimiento con Kathy y sobre historia política con Laura. Conmigo muestra interés por las hierbas aromáticas y los rosales del jardín; «Lo siento, pero me tengo que ir de nuevo», dice, cuando le llega la hora de marcharse. Yo sé que lo siente de verdad; se le ve con mucho pesar.

De vez en cuando, desde la distancia, nos manda postales y nos llama a deshoras. Desde Australia o desde donde esté. Pero, no es que quiera decir con esto que oír su voz por teléfono sea algo inoportuno ¡Por dios! A mí, siempre me avisan de antemano de su vuelta a casa. La señora Manns, la secretaria, me llama para decirme la hora de su llegada a Heathrow, para evitar de este modo que yo corra el riesgo de que él me encuentre desprevenida. En los últimos tiempos, un chofer de la compañía le va a recoger al aeropuerto. Yo siempre me aseguro de tenerle preparado algunos de sus platos favoritos, como unos volovanes de gambas, o un risotto, o aun mejor, un salmonete al horno. Sin olvidar la botella de vino blanco, fresco, que le tengo en la nevera; por supuesto.

Jeremy siempre parece contento de estar en casa. Últimamente le ha dado por traerme una caja de bombones. Me pide disculpas por haberla comprado en el aeropuerto, ya que siempre le falta tiempo. Pero, sin variar, son bombones muy caros que vienen en una caja engalanada con cintas y lacitos hechos con mucho esmero. En especial, los que trae cuando vuelve de Bruselas o Zúrich son muy buenos, claro, como es de esperar. Los dos hemos establecido una rutina graciosísima. Después de nuestra primera cena de bienvenida, yo le ofrezco uno de esos divinos bombones suyos y él se elude; «Son sólo para que te los comas tú», me dice con actitud generosa y una sonrisa. No abro la caja hasta que él se va. Eso sí, una vez que se ha ido, hago justamente eso, y me los como todos.

En este momento estoy en el salón, sentada al lado de la chimenea. Tengo la última caja que me trajo, a mi lado. Es un surtido relleno y de alta calidad. He estado viendo las noticias de las nueve y un documental en la tele. Me siento encantada de la vida. Me tomo el tercer bombón o ¿el cuarto?, quizás ¿el quinto? El último por esta noche. Es una roca de almendra. Según le quito la

envoltura me miro la mano. Es una cosa rolliza y abotagada, en comparación con lo que era antes. Las uñas aún se conservan bien, pero la alianza está anclada en la hendidura que ha formado en la grasa que me envuelve el dedo. Ahora mismo, aunque quisiera, no sería capaz de sacármela. Tendrían que enterrarme con ella puesta.

Tengo los tobillos y los pies hinchados, dilatados; a juego con las manos. Nunca más podré ponerme los bonitos zapatos que antes siempre encontraba a fuerza de rastrear las tiendas, y que solían causar la admiración de más de uno. Los brazos son gruesos y pesados. Los codos y las muñecas, antes tan delicados, han desaparecido ahora, aniquilados por la grasa. El estómago tiene el mismo volumen que cuando estaba embarazada de seis meses.

Nada de todo esto me preocupa en exceso; pero sí que lo noto. Gracias a dios que nos ha hecho de tal manera que no podemos ver nuestra propia cara. Esto sí que ha sido una soberana labor de tacto por su parte. Debo admitir que en las ocasiones en que me veo obligada a observármela, me da cierta angustia. Es evidente que no se parece en nada a la que tenía antes; «Si perdieras siete u ocho kilos, mamá», me dijo Laura hace algo así de una semana, «estarías guapísima. Es obvio que tienes unas facciones muy bonitas, solo que ahora no te resaltan en la cara.»

Es verdad. Laura siempre ha sido la más cariñosa y sincera de los chicos y la que más se interesa en mi metamorfosis. Sí que es cierto que antes tenía unos ojos bonitos, pero según se me han ido rellenando las mejillas, han ido disminuyendo de tamaño. Lo que antes era una barbilla finamente definida, ahora es abstracta, convirtiéndose en papada. Una de esas que desciende haciendo roscas, que se aposentan de forma precisa, sobre dos pechos flácidos. El pelo todavía me brilla de vez en cuando; creo. Pero ya no soy atractiva. Estoy gorda, gorda, gorda.

Puede que, si Jeremy se quejara, pues, a lo mejor me pondría en serio a hacer algún esfuerzo al respecto. Esto sí que es algo que me planteo a veces, ahora que estoy mucho menos ocupada y tengo tiempo para la introspección; un pasatiempo siempre peligroso, a mi

parecer, y en el que no me recreo con frecuencia. Pero como Jeremy no se queja. Él continúa siendo tan considerado conmigo como siempre, y aprecia nuestro hogar todo lo que le es posible, en las pocas veces que está aquí. Pues entonces, ¿para qué hacer un esfuerzo, tal y cómo están las cosas ahora mismo? Sí, es verdad, me he vuelto más perezosa, pero estoy tranquila y feliz y además ya es la hora de irme a la cama.

Esta noche el viento sopla fuerte y la corriente mueve levemente las cortinas. El parte meteorológico nos avisaba que llega el tiempo de otoño, con amenaza de tormentas.

Pues si llueve mañana, me quedaré en casa. Me prepararé una crema de verduras para comer y haré la lista de los ingredientes para el pastel de navidad. Puede que a muchos les entrara angustia si llevaran esta vida de días solitarios y tareas banales. A mí, me gusta. Además, no es una vida vana, yo siempre vivo con la ilusión de que vuelva de nuevo Jeremy.

Ayer me llamó desde Tokio para decirme que no estaba seguro de poder venir a casa para el fin de semana y que me volvería a llamar en el caso de que le cambiaran los planes.

Trato de enderezarme en el sofá para ponerme de pie. Suena el teléfono de la mesa que tengo al lado. Solo puede haber una razón para esta llamada; le han cambiado los planes.

— ¿Oiga? dice una voz de mujer. Yo no la reconozco. — ¿Hablo con Ada Mullins?

—Avril, le digo yo.

—Perdona. Sabía que empezaba por A, pero por más que he hecho memoria, no he podido acordarme.

Le salió una risita que, a mí en particular, no me sonó nada cordial.

— ¿Con quién hablo?, le pregunto.

—Soy Richenda Gosforth.

Silencio.

— ¿Richenda...?

Estoy casi segura de que no conozco a ninguna Richenda. A lo mejor es una amiga de los chicos.

—Gosforth. —Silencio durante uno o dos momentos—. Soy la madre del hijo de Jeremy. Su marido Jeremy.

—Sí, sí. Sé que Jeremy es mi marido —digo yo. Recorro con los dedos el entramado de lazos de la cinta de terciopelo de la tapa de la caja de bombones. Me siento muy calmada.

—Señora Mullins... Avril— dice Richenda Gosforth—. Jeremy quería mantenerte al margen de todo esto. Seguro que se va a enfurecer conmigo cuando sepa que te he llamado. Yo, sin embargo, creo que deberías saber la verdad.

- ¿La verdad? —digo yo. Pero no es lo que se dice una pregunta porque no sé de cierto de que habla.

—Bueno, la verdad es que Jeremy y yo llevamos juntos casi dos años. Soy, en cierto modo, su segunda mujer. Supongo que se podría decir que a mí me ha tocado la vida de glamor, pero sin ningún beneficio tangible.

—Sin ningún beneficio tangible, —repito yo, como si fuera un eco.

—En absoluto. Me explicaré: A mí, me han tocado los viajes en avión, en clase preferente y con champan servido. También me ha tocado deambular por los hoteles a la espera, mientras que él estaba en los congresos. Pero, lo que jamás he tenido con Jeremy son raíces. Ese ha sido tu privilegio. Tú tienes una base firme con Jeremy.

—Es verdad, —digo yo— desde luego que sí. Jeremy y yo hemos tenido una base sólida desde hace ya bastantes años; la de ser marido y mujer.

—Exactamente, y tú sostienes la baza del triunfo al ser su mujer.

—Soy su mujer, sí. —Otra pausa.

—Estás siendo muy amable conmigo —continúa Richenda Gosford— pensé que te pondrías a grito vivo. Me he tenido que tomar tres whiskeys antes de hacer esta llamada. Bueno, volviendo a lo del niño. Pensaba que deberías saberlo. Al principio cuando se lo dije a Jeremy, ¡dios mío!, ¡el agobio que le entró! Quería llevarme derechita a abortar. No quería hundir el barco, según sus propias palabras.

—Eso de no hundir el barco ha sido una de sus aprensiones —digo yo a modo de reflexión. Nos sale una risita sintonizada. Cuando se nos apaga la risa, Richenda Gosforth continúa con su historia.

—Pero yo le dije; “de ninguna manera, Jeremy. No voy a ser coaccionada porque a ti te convenga. Nadie va a matar a mi hijo porque a ti no te cuadre. Lo voy a tener”.

—Bien dicho —digo yo, anti aborto como soy, y también para poner fin a otro silencio.

—Jason nació hace tres semanas —dice Richenda— y debo decir que, tocante al tema,

cuando Jeremy vio que yo no iba a cambiar de opinión, hizo lo propio. Me instaló en un piso cerca de Richmond Park, y hemos cogido a una niñera para que yo pueda volver a trabajar a jornada parcial. Al parto, propiamente dicho, pues no, no asistió ya que estaba en Canadá, pero viene a vernos tanto como puede. Le estoy esperando este fin de semana, para que como yo ya le he dicho, pongamos las cosas claras.

— ¿Pasará contigo el fin de semana? —Digo yo— ¿para poner las cosas claras?

—Exacto. A no ser, que le cambien los planes y no pueda hacerlo.

Siento como una ínfima sonrisa me crispera las comisuras de la boca.

—Los planes. Pues sí, cambiar sí que le cambian —digo yo.

—Perdona si todo esto te llega como un tremendo mazazo —dice Richenda—. Pero pensé que, si pudiera decirle a Jeremy que ya había hablado contigo, nos facilitaría las cosas, aunque él se enfadara.

—Espero que así sea —digo yo.

Es muy probable que no facilite mucho las cosas, pienso yo, Jeremy no es un hombre que se enardezca cuando se le confronta con algo.

—En pocas palabras, la cosa es esta, Avril: Jeremy es el amor de mi vida. Quiero casarme con él. Para ser sincera, creo que él siente lo mismo.

Se calla de nuevo. Pienso que debo ayudarla.

—Y el obstáculo; soy yo—digo.

—Exacto. Tú eres el impedimento. Jeremy me ha dicho un millón de veces que no puede dejarte, que no puede romper la familia. Que no es el momento. Al menos, no por ahora. Quizás después de un tiempo, dice él. Que no tiene el valor de dejarte hoy por hoy, independientemente de lo que siente por mí y por Jason. No puede explicarse el porqué. La verdad es que yo no sé nada de ti; eres un tema tabú. No sé si eres joven o no, gorda o delgada, si trabajas o no trabajas, si eres una buena madre o una buena esposa. Yo no sé absolutamente nada de ti. Jeremy se queda en blanco cuando le hago cualquier pregunta.

No dice nada. —El llanto le corta la voz. Yo espero a que se recomponga

— Avril, perdóname por decirte esto, pero, aunque él se lo calle, yo tengo la impresión de que no hay nada entre Jeremy y tú. ¿A ti te importaría que él te dejara?

Sigo con la mirada el movimiento que hago con mis carnosos dedos, que esta vez recorren con más rapidez las bonitas ondas del lazo de la cinta de terciopelo. «¿Me importaría que me dejara?» Es una pregunta que nunca me he hecho.

—Es una pregunta que nunca me he hecho —le digo a Richenda Gosforth— y que confío en que nunca tenga que hacérmela.

Me miro los pies, desplomados, con las puntas hacia dentro, como si delataran el muermo que parece estar coagulándose las venas y dándome hambre a la vez. Levanto la tapa de la caja de bombones, crujo con los dedos las envolturas de color marrón que antes habían enfundado el delicioso surtido de chocolates rellenos. Ahora están arrugadas y vacías.

—Ya —dice finalmente Richenda Gosford— ¿de veras? —No suena desalentada. Es obvio que es una chica muy resuelta. Es un decir, claro, supongo que es una chica joven. Una chica decidida a salirse con la suya.

—Bueno, creo que deberías pensártelo bien. Yo te lo agradecería. Después de todo esto, ya nada va a ser lo mismo que antes. ¿No crees? Ahora sabes que Jeremy tiene una amante y un hijo, escondidos por ahí. Como te podrás imaginar, voy a insistir en que Jason tenga lo mismo que han tenido tus hijos; colegios privados, vacaciones con Jeremy, ese tipo de cosas.

—Claro, desde luego. —Me oigo decir a mí misma interrumpiéndola. Todavía sigo pensando con calma. La impertinencia que tiene esta chica. El desmadejamiento que siento se transforma en algo físico y pesado que me cubre todo el cuerpo.

—Así que tú te lo piensas y yo te haré otra llamada pronto —sugiere ella con voz autoritaria.

—Oh, no. No me vuelvas a llamar, si no te importa —digo yo, deseando que esta descabellada conversación termine en este mismo instante. Cuelgo el teléfono.

El viento aún arrastra las cortinas. El único sonido que rompe el silencio es el chasqueo de las envolturas vacías de los bombones, según las escudriño una a una con las manos crispadas. Tengo la esperanza de que al menos haya uno. Pero no, no ha quedado ninguno. Seguro que cuando Jeremy vuelva a principios de semana, es sólo un suponer ahora, no me

defraudará. Jeremy es un hombre entrañable. Me traerá más bombones, que él mismo habrá escogido con todo el cariño del mundo. No es la clase de hombre que hiere a su mujer y a su familia. Si algo se le ha enredado en la vida, nos protegerá contra ello. Puede que siempre lo haya hecho así. Quizás haya habido otros... *enredos* durante todos estos años.

De hecho, todo esto es un absurdo y casi no merece la pena ni pensar en ello, porque a nosotros no nos va a afectar nunca nada. Esta base, de raíces sólidas, que Richenda Gosford parece envidiar tanto, no la podrá arrancar ningún torbellino que venga de fuera. Cuando vuelva Jeremy, será bienvenido. Estará tan encantado de volver como siempre. Le ofreceré los chocolates que él me haya traído. Dirá que no. Nos reiremos y nos contaremos todas las novedades. Por supuesto, yo no le mencionaré este ridículo tema de la llamadita de Richenda Gosford. A mí nunca se me ocurriría entrometerme en su vida de esa manera. Cuando se tiene confianza en alguien, no hay lugar para la intrusión. Yo mejor no hubiera sabido nada de esta despreciable, por supuesto. Ya se encargará de ella Jeremy. Él tiene una gran capacidad para desenredar todo tipo de cosas. Nunca se enterará, por mi parte, que sé lo del hijo. Esto es, como mínimo, lo que debe hacer una esposa. Mantenerse callada, si es que quiere demostrar verdadero amor hacia su marido, claro.

Yo arremeteré la noche del lunes. Embestiré con un rodaballo con salsa holandesa, y él me regañará un poco por ser tan ostentosa, pero en realidad, sé que estará dichoso por el tesón y el esmero que pongo. Pasaremos juntos unas de esas noches nuestras, tranquilas y apacibles, felices, sin tensiones, como es habitual entre nosotros. Como siempre, estará desfasado con el cambio de horarios. Es gracioso ver como todavía le afecta, aunque ya haya hecho miles de vuelos en avión. Se quedará dormido en el instante en que ponga la cabeza en la almohada. Hay veces que me quedo durante horas contemplándole la cara, mientras duerme. Tiene un rostro bueno, amable, entrañablemente familiar. Sí, Jeremy, creo que te conozco bien. Sé que te conozco bien.

Veo que ya es casi media noche y, así, sin darme cuenta, se me ha pasado la hora de costarme. Dadas las circunstancias, creo que me voy a dar el capricho de tomarme una taza de chocolate y una tostada untada con algo de pringue, como en aquellos festines de medianoche cuando era niña.

Ahora, en pie, animada ante la idea de tal placer, se me ha quitado el abatimiento. Estoy gorda, soy fuerte y soy la mujer de Jeremy. Esta certeza me hace sentir una sensación cálida por el cuerpo.

Después, me dirijo a la cocina, pongo unas cucharaditas de chocolate en polvo en una taza y la lleno de leche caliente. Revuelvo los grumos de nata. Cojo una bonita bandeja para poner el tónico y las tostadas con mantequilla, y me voy a la cama con la seguridad de que nuestro amor es inquebrantable.